



á su arbitrio, dificultado la libertad de los debates, ultrajado el derecho de peticion, hecho arrestos arbitrarios, y dado demasiadas pruebas de que no se podia fiar en su palabra, y los mismos que le defendian habian proferido antes aquella insulsa frase de «mal rey, pero hombre honrado.» Su suplicio, sin embargo, de nada sirvió á la causa de la libertad; tanto más cuanto que si mereció la muerte por las

intrigas con que procuró mantener el absolutismo que tan funestamente le trasmitieron sus antecesores, la sufrió valerosamente. Fué universal la compasion, y mucho más despues que apareció un libro, que se decia escrito por él miéntras estuvo en la prision. Cromwell quiso ver el cadáver, encerrado ya en la caja, y «Cuerpo bien formado, exclamó, y que prometia vivir algun tiempo.»

CAPITULO X.

República inglesa.

No se trató ya entonces de enmendar los desórdenes, sino de destruir el gobierno; la cámara de los Pares fué abolida, y la insolencia de la victoria escribió en el palacio de Whitehall: *Se alquila*. Hugo Peters, capellan de Fairfax, predicando á los restos de las dos Cámaras, decia á los generales: «Como Moisés, vosotros sois los elegidos para sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto. ¿En qué forma se cumplirá este designio? Esto no me ha sido revelado todavía.» Entonces apoyaba la cabeza entre las manos, inclinándose sobre la almohada que tenia delante, y alzándose con presteza: «Hé aquí la revelacion; escuchad. Este ejército destrozará la monarquía, no sólo de aquí, sino la de Francia y la de todos los otros reinos que nos rodean: por este medio os libraréis del Egipto.» Y habiéndose declarado que «el oficio de rey era inútil, oneroso y peligroso para la libertad, la seguridad y el bien del pueblo, y que en consecuencia habia concluido,» se proclamó la república, y se grabó un sello con la inscripcion: «Año I de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1649» (estilo antiguo); en el «Padre nuestro» se instituyó «Venga á nos la tu república;» se proscribió á la familia real, declarando reo de alta traicion al que reconociese por rey á «Cárlos Estuardo,» llamado «el principe de Gales,» y fueron condenados á muerte algunos de los principales realistas. Pedíase tambien libertad de conciencia, que las leyes se dictáran en la lengua nacional, la

igualdad Para todos, el pronto juicio de los acusados, la exclusion en la fuerza de los negocios civiles, y algunos se adelantaban hasta querer absoluta la individualidad, cesando toda comunidad.

Cromwell se opuso á estas doctrinas antisociales, constituyendo una república posible: hombre de una ambicion desmedida, de devocion insensata, concitada por la asidua lectura de la Biblia, caminaba á la aventura; pero sabia sacar partido continuamente de aquello que le favorecia; y afectando humildad en la victoria y abnegacion en el despotismo, despues de haber guiado la revolucion en la resistencia, la gobernaba tambien en la victoria y en el restablecimiento del orden, sujetando á los presbiterianos y católicos por una parte, y á los niveladores por otra. Proclamó la libertad de imprenta y de tribuna, pero eran reprimidas cuando no servian á sus miras, y arrestados y tambien muertos aquellos que invocaban los derechos que habian servido de pretexto para sublevar al pueblo: el ejército que los reclamaba, y los niveladores, lógicos inflexibles que querian que los asegurase, recurrieron á las armas; pero Cromwell los atacó de improviso, prendió á cuatrocientos, y condujo al suplicio á los más arrogantes.

Continuaba en tanto la guerra contra los católicos irlandeses con el mayor furor, y Cromwell habia pensado exterminar la poblacion indígena para sustituirla con otra inglesa; único me-



dio de hacerla obediente. Con este fin sacó enormes sumas, hipotecando los bienes que iban á ser confiscados; ordenó que no se diese cuartel á ningun irlandés que habitase en Inglaterra; se les cogía en sus buques y se les arrojaba al mar; se les perseguía por los bosques á guisa de fieras, y se les asesinaba en el lecho, convirtiéndose la pasión en ejecutoria terrible de la ley para reducirles á la desesperación y tener pretexto de exterminarlos. Vastísimas regiones quedaron inhabitadas, hasta el punto de tener que llevar consigo alimentos el que necesitaba atravesarla; destruyéronse los ganados que constituían su riqueza, y el hambre se acrecentó por causa de la guerra. Según las órdenes de Carlos I, el marqués de Ormond había resucitado el partido realista, por cuyo sostenimiento acabó de empobrecerse el país; después llegó Cromwell con sus Santos, derrotó el ejército é hizo una terrible matanza. Decíase que hacia matar á todos desde la edad de diez y seis á sesenta años, sacar los ojos desde la de seis á diez y seis, y atravesar el pecho con un hierro ardiente á las mujeres. Estas exageraciones aumentaron el terror, y seguramente fueron muchas las atrocidades cometidas en las ciudades tomadas; en Tredagh no quedaron más que treinta personas, que fueron condenadas á trabajos forzados; lo mismo sucedió en Wexford, y en algunas otras poblaciones más. Hugo Peters escribía: «Ya somos dueños de Tredagh; tres mil quinientos cincuenta y dos enemigos han sido muertos; á nadie se perdona; yo salgo de la iglesia mayor, donde he estado á dar gracias al Señor.» Igualmente eran las cartas de Cromwell, el cual hizo vender á muchos en la Barbada como si fuesen negros, y á algunos diputados que le envió el Parlamento les regaló á cada uno un caballo y dos prisioneros; narrando después aquellas destrucciones concluía: «Lo siento, pero Dios lo ha querido,» y no escribía nunca á su familia ni á sus amigos sin pedirles que rogasen por su alma.

Ludlow, general de los republicanos, nos describe el espanto de los irlandeses, que huían por todas partes, por lo que era imposible el encontrarlos. Sorprendidos por él un gran número de ellos, asesinó á muchos, persiguió á

los demás; y habiéndose refugiado en una gruta, hizo disparar á la boca de ella la artillería, y porque aún no salía ninguno, metió dentro el fuego, sin conseguir por esto echarles fuera. Crofton Croker refiere este testamento de un compañero de Cromwell: «Mi féretro será puesto sobre una mesa de encina en la cámara Oscura. Cincuenta irlandeses serán invitados á velar por mi cadáver, y cada uno de ellos recibirá tres cuartillos de aguardiente bueno, y tendrá un puñal delante de sí. Cuando hayan concluido de beber, se sellará mi caja y se entregará mi cuerpo á la tierra de que procede.» Preguntado por qué quería obsequiar de este modo á los irlandeses, á quienes siempre había aborrecido, dijo: «Porque no dejarán de embriagarse, y en la embriaguez se matarán entre sí. Si todo inglés hiciese otro tanto, la vieja Inglaterra se vería muy pronto libre de esta infame raza.»

Habiendo acudido nuevamente los irlandeses á las armas, fueron reprimidos, pero como el hombre se cansa de matar, y á los verdugos mismos causa terror el terror que ellos inspiran, la isla no quedó despoblada por completo. Entonces comenzaron las justicias de un tribunal que fué llamado *de la matanza slaughte-house*, y que ordenaba á millares los destierros; veinte mil fueron vendidos en América; en una sola vez, mil niñas fueron arrancadas del regazo de sus madres para enviarlas á Jamaica; y habiéndose dado facultad á todo oficial irlandés para enganchar cuantos pudiese para el servicio extranjero, salieron hasta cuarenta mil: nuevo sistema de despoblación. A Phelin O'Nial le fué ofrecido el perdón si confesaba haber recibido alguna comisión de Carlos, pero él siguió negando hasta la horca. La obra de Cromwell fué continuada por su yerno Sveton, reproducido el gentilicio derecho de conquista, que pone al vencido bajo el poder del vencedor; tres mil novecientos millones de arpentas (cinco millones de acres), robados á sus antiguos poseedores, fueron regalados ó vendidos á negociantes que habían anticipado sumas para dar la paga á los soldados, y para satisfacer las deudas y los placeres caprichosos. Después de tantos estragos quedaban todavía ocho católicos por ca-



da protestante, y el Parlamento había decretado no querer aniquilar la nación irlandesa; por lo que pudieron obtener gracia aldeanos, labradores, artesanos y las demás personas del estado llano. Se ordenó también que de tres de las cuatro provincias fuesen excluidos los católicos, los cuales solamente podrían habitar en el Connaught, donde fueron arrojados desnudos y cercados como animales, y si salían de aquellos confines podía matarles cualquiera que los encontrase.

Desde entonces fué ya eterno el odio mortal entre las dos naciones, causa de tantas desgracias á la Inglaterra misma, obligada á cometer nuevas injusticias por consecuencia de la primera, y no pudiendo dar participación en los derechos á la Irlanda, porque no pudo restituírle su patrimonio.

Quedaban aún los calvinistas en Escocia. Acomodándose mal éstos con la tiranía de la república, y compadeciendo la desventura del rey, resolvieron reconocer al hijo, el cual se tituló Carlos II. Este les envió á Montrose «uno de aquellos hombres que no se encuentran sino en Plutarco;» pero los presbiterianos le cogieron y le mataron, consiguiendo con esto un triunfo que les denigra. Carlos, que pasaba el tiempo entre las mujeres y las diversiones, que era la causa de esta muerte, y que cometió la villanía de negar que le hubiese encomendado misión alguna, se presentó con una flotilla, suministrada por el príncipe de Orange, y aceptó el *Convenant*, que le humillaba sin darle ninguna autoridad. En el acto de la coronación, un ministro presbiteriano le intimó que era rey por convenio con el pueblo, y que su poder estaba limitado por la ley de Dios y por la del pueblo, al cual todo abuso que de él hiciese le daría derecho para rebelarse; añadiendo que si imitaba la apostasia de su padre, debía esperar igual fin. Carlos lo sufrió, y asistía hasta á seis sermones cada día. ¿Son estos los medios de conquistarse la estimación y el trono?

La conciencia no permitió á Fairfax atacar á los confederados, por lo que la guerra con Escocia fué sostenida por Cromwell. En los dos ejércitos reinaba el fanatismo religioso; los in-

gleses «santificaban» á cada momento el campo por sí mismos, y los escoceses por medio de los sacerdotes; los entusiastas querían sustituir las propias inspiraciones á la prudencia. Cromwell llevaba veteranos contra los reclutas de Escocia: Le ley, sin embargo, evitando la batalla en un país devastado, los había reducido al extremo; pero los predicadores se irritaron de tal modo contra esta desconfianza en Dios y en la buena causa, que se vió obligado á combatir y dejarse vencer, y «Dios puso» á Edimburgo «en manos» de Cromwell.

Los ministros presbiterianos decayeron entonces algun tanto en la opinión; Carlos recobró alguna autoridad, reunió su ejército, y penetrando en Inglaterra combatió como un héroe; pero sus partidarios aterrados no le siguieron, y derrotado después por Cromwell en Worcester, anduvo fugitivo entre romancescas aventuras por espacio de cuarenta y un días, viéndose hasta cómo pasaban sus enemigos por debajo del árbol sobre el que estaba encaramado, hasta que por fin una barca pescadora lo llevó á Normandía. Abolida la dignidad real, Escocia fué reunida á la república inglesa.

Esta quedó, pues, consolidada: subyugada la parte anglicana en Inglaterra, la católica en Irlanda y la calvinista en Escocia, fué reconocida por las colonias americanas; y Holanda, que se negó á hacer lo mismo, sufrió las consecuencias de la guerra comercial que Cromwell la hizo. Examinando la situación insular de Inglaterra y el carácter laborioso y tenaz de sus habitantes, Cromwell trató de constituir la industria sobre una hostilidad permanente contra todas las industrias, y con la separación de los intereses de aquella, de los demás de toda Europa. Con el «Acta de navegación» excluyó toda mercancía que no fuese en buque inglés y toda pesca que no fuera hecha por los ingleses, causando con esto una pérdida inmensa á Holanda, que antes se enriquecía con los trasportes; y luego fundó el sistema marítimo que usurpaba los derechos y amenazaba los intereses de las demás naciones, haciendo que la Inglaterra se creyese árbitra del mar. De aquí resultaba la unión indisoluble del interés comercial con el poder del Estado; y por tanto, el principal cui-



dado de aquel gobierno debió ser el proporcionar salida á los productos de la industria, remover todo obstáculo, y descubrir nuevos países para fundar nuevas colonias.

Cromwell creó también la grandeza marítima de Inglaterra; y como de las revoluciones salen los grandes hombres, Blacke, hecho almirante á los cincuenta años, emuló á los Tromp y á los Ruyter, y purgó el mar de piratas: Munck, que le sucedió, con buques mayores y con mejor artillería, aseguró la superioridad británica, y como decía Cromwell, «envió las ranas batavas á sus lagunas;» Penn conquistó la Jamáica por humillar á España. La guerra declarada á ésta fué impremeditada, porque interrumpió el comercio que principiaba á florecer; pero popularísima, porque era contra los intolerantes, los supersticiosos y los reyes de la Inquisición, y se creía que Cromwell debía ser un escollo para ella. Las victorias halagaban el orgullo de éste, fuerte con aquella protección del cielo de que suelen jactarse los vencedores, y además con el apoyo del ejército: trabajó en vencer los hábitos de libertad arraigados en la nación; y porque el Parlamento sospechaba de su grandeza y de sus intenciones, él lo descreditaba como traidor á la justicia y á la religión, y decía á Ludlow: «Es una miseria servir á un Parlamento;» y otras veces: «Estos no descansarán hasta que los soldados les saquen fuera por las orejas.»

Viendo que la necesidad de una autoridad suprema era reconocida por todos, pensó tomarla para sí: de este modo volvería á la administración el vigor, á la política exterior la firmeza y al país sus costumbres; y juntamente tendría asegurada la libertad religiosa con impedir toda intervención legal, y la libertad civil con hacer que sólo un partido fuese el dominante. La necesidad era el derecho en que se apoyaba. Solamente debía temerse que no le considerasen más que como un usurpador; que no se viese otra diferencia más que la de las personas entre su gobierno y el de los Estuardos, y que los partidos, que él trataba de equilibrar colocándose en el centro, no se volvieran todos en contra suya. Mucho arte, pues, era necesario, y en tales casos suele ser buen conse-

jero el miedo. Halagó á los anglicanos haciéndoles que temiesen el triunfo de los calvinistas; á los calvinistas les hizo temer la vuelta de los Estuardos, y las exageraciones de los independientes les hizo temer también persecuciones contrarias á la libertad de conciencia; de modo que á todos les pareció indispensable su apoyo.

Pero todavía faltaba el apoyo principal, que era el ejército, establecido por el Parlamento, y que ahora debía servir para disolverle. Por lo mismo, hizo que los soldados pidiesen sus sueldos atrasados, y que diesen á la cámara (reducida de 513 á 140 miembros, y envilecida con el nombre de *rump* ó rabadilla) el consejo de disolverse y dejar el puesto á otros, que también tenían el derecho de gobernar. El Parlamento se irritó, pero Cromwell entró con un puñado de militares, exclamando *fuera, fuera; ya no pertenecéis al Parlamento; el Señor os ha rechazado*; y protestando de haber implorado de Dios día y noche el no ser destinado para este encargo, les echaba fuera, diciendo á uno, *tú eres un bribón*, á otro *tú un pícaro, un bellaco, tú bandido*; después que hubo desocupado la sala se metió las llaves en el bolsillo. Así concluyó el Largo Parlamento: habiendo adquirido ilegalmente su existencia, una ilegalidad le destruyó, víctima de aquella fuerza merced á la cual se había sostenido.

Cromwell, rompiendo las trabas puestas por los hombres para no obedecer más que á la necesidad, ley de Dios, gobernaba con despotismo militar á la cabeza de un consejo compuesto de doce, número de los apóstoles; hizo que éstos nombrasen ciento cuarenta y cuatro diputados, y como capitán general de las fuerzas de la república, les invitó á formar parte del gobierno; gente sin instrucción, desconocidos del país, pero dotados del don de la predicción y de las oraciones, que no se habían sublevado sino que eran escogidos por el mismo Dios por medio de su órgano, el ejército. Los nombres profanos que éstos tenían de Cárlos, Gustavo y Enrique, fueron mudados por los devotos de Sedecías, Abacuc, Josué y Zorobabel. Despreciados y despreciables, al cabo de seis meses fueron obligados á ceder la autoridad al



Consejo militar, y éste confirmó á Cromwell por toda su vida en el gobierno de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda, como su *Protector*: se estableció que hubiera tolerancia para todas las religiones, excepto para los papistas y episcopales, y en lo demás pleno poder para Cromwell, como el de los reyes, salvo el oír á un consejo de personas piadosas y discretas, convocar el Parlamento cada tres años y por cinco meses á lo ménos; el protector no podía hacer leyes nuevas ni abolir las viejas sin el Parlamento, y las leyes votadas por éste no podían ser abolidas por el protector. Además la unión de los diputados de los tres países en un solo Parlamento, señaló el definitivo engrandecimiento de la Gran Bretaña.

Cromwell era pues rey, lo mismo que cualquiera de sus antecesores, sólo que en vez de proclamar el derecho divino, consagraba la autoridad parlamentaria.

Se aprovechaba de los falsos temores que dan pretexto para establecer el poder absoluto; pero no quería violar el principio revolucionario, ni abolir el Parlamento; y si bien toda nueva elección le disgustaba, reconvenía y amenazaba con los soldados, pero no quería reinar sin él. Respetaba, en suma, la libertad civil, pero posponiéndola á la religiosa, de lo que resultaban sus actos despóticos, que unidos á la constancia de la oposición, le tenían siempre entre tantas empresas escaso de dinero. Predicadores fanáticos, y en particular los anabaptistas, llevaban al púlpito las cuestiones de la cámara.

Cromwell, que había atacado al episcopado por abatir la monarquía, conocía que aquellos que destruían el sacerdocio no tolerarían ninguna autoridad civil; de aquí que se pronunciase contra las opiniones anárquicas, y que en el discurso de apertura de 1654, lamentándose de que la libertad política y la de conciencia sirviesen de velo á los mayores extravíos, exclamase: «Estas abominaciones han subido tan alto, que se ha aplicado la segur á las raíces del sacro ministerio como una institución idólatra y anticristiana; y así como otras veces un hombre, por grande que fuera su reputación, no podía predicar si no era sacerdote, aho-

ra, por el contrario, queremos que el sacerdocio aniquile la vocación.

Los extranjeros reconocieron al protector; la muchedumbre le tributaba respecto, y los potentados le adulaban. Mazarino, que en voz baja le calificaba de loco afortunado, en alta le llamaba genio del siglo, y le regaló una tapicería de los gibelinos; Luis XIV, el cual se descubría la cabeza al hablar con los embajadores de Cromwell, le regaló una espada; Cristina lo admiraba por haber disuelto el Parlamento; el rey de Portugal le llamaba hermano; el de España le aconsejaba que se coronase; la Polonia le llamaba contra la nueva Rusia; el waivoda de Transilvania contra los turcos; Génova le daba gracias por haber devuelto la seguridad al comercio, y Zurich le solicitaba por aliado, pues se titulaba protector de los Estados Protestantes, con cuyo título encontraba amigos en todas partes. En el tratado con Luis XIV pretendió que no añadiese ningún otro título al de rey de Francia, y le obligó por acuerdo secreto á expulsar á los Estuardos; pero al darle auxilio contra España, no comprendió la grandeza rival á que Francia caminaba, y rompió el equilibrio entre ésta y el Austria. Igualmente desconoció que Holanda debía ser su amiga natural, y le hizo una guerra por celos de comercio, que fué seguida de una paz gloriosa, en la que obligó á aquella potencia á no nombrar estatuder á un Orange. No aparece, pues, de sus actos el pensamiento que le supusieron de una alianza de reyes protestantes contra la de los reyes católicos, del libre septentrion contra el servil Mediodía. Al paso que crecía la nación, aseguró para Inglaterra el Canal de la Mancha con las conquistas de Mardyke y Dunquerque; engrandeció la marina, y dijo: «El Señor parece que ha dicho: Inglaterra, tú eres mi primogénita, y la predilecta entre las naciones. Bajo el cielo nunca el Señor ha hecho otro tanto con ningún pueblo. El Señor ha añadido un nuevo anillo á la cadena de oro de su benevolencia, dándonos la paz con nuestros vecinos.»

No le faltaron tampoco adulaciones por escrito. Milton combatió los sentimientos generosos del *Eikon Basilike* con el *Iconoclasta*, diciendo groseros insultos al rey muerto, y lle-